

La tradición en la enseñanza de la arquitectura: ¿una ruptura entre teoría y práctica?

TALLER DANZA

En el panorama disciplinar de la arquitectura surgen de forma recurrente inquietudes acerca del papel que deben desempeñar las arquitectas y los arquitectos en la contemporaneidad. Esta pregunta cuestiona de forma directa no solo la revisión de sus prácticas, sino las cuestiones educativas que los forman.

La enseñanza de la arquitectura ha permanecido invisible en los debates de la disciplina durante muchos años y se ha asumido históricamente como una práctica más que como un campo de conocimiento: enseñar tal como nos enseñaron ha sido la tradición en nuestras facultades. No se requiere tener formación docente específica y es suficiente con ser un profesional en arquitectura y, en algunos casos, tener estudios de posgrado para acceder al cargo.

La reflexión académica disciplinar se ha centrado principalmente en cuestiones relacionadas con su práctica: la propia producción arquitectónica y urbana, los métodos de proyecto, la técnica, la reflexión histórica, entre otros. Sin embargo, últimamente hay un creciente interés de la academia por preguntarse sobre cómo enseñamos además de sobre qué enseñamos.

En Occidente la arquitectura forma parte de la universidad desde hace más de 350 años. Sin embargo, los debates sobre su enseñanza y aprendizaje han cobrado relevancia recién en las últimas décadas, multiplicándose la cantidad de congresos, jornadas, programas de posgrado y publicaciones relacionadas con el tema. ¿Qué deben aprender los estudiantes del oficio de la arquitectura durante sus estudios universitarios? ¿Es posible enseñar las habilidades necesarias para el ejercicio de la práctica profesional en una

escuela de arquitectura? ¿Se ha producido una fractura entre la teoría y la práctica dentro de nuestras escuelas de arquitectura? Estos son algunos de los cuestionamientos que se pueden leer.

Esto no es nuevo. Hace más de 30 años, Ábalos y Herreros comenzaban su libro *Técnica y arquitectura en la ciudad contemporánea* como un manifiesto contra la escisión entre la teoría y la práctica en la academia. En la introducción nos invitaban a pensar nuestra profesión desde las relaciones entre técnica y proyecto, buscando acotar las formas en las que la precisión de la técnica puede entrelazarse con el carácter subjetivo de la ideación.

Para los historiadores esta fractura progresiva entre proyecto y realización tiene su origen en el Renacimiento, cuando Filippo Brunelleschi construyó no solo una cúpula, sino el concepto de un nuevo tipo de arquitecto, alterando las reglas de la construcción e iniciando un proceso que separaría gradualmente al proyectista del constructor.

Antes de eso, la formación arquitectónica se basaba en la actividad de acompañamiento directo del maestro con el aprendiz, situando la relación pedagógica sobre una asociación directa e indisoluble entre la teoría y la práctica. El proceso de aprendizaje a pie de obra brindaba suficientes elementos para asociar lo que se pensaba con su directa materialización y todo lo que eso implicaba: resolver en el sitio, pensar, replantear, diseñar, dibujar, coordinar, construir, rectificar y volver a construir. La relación entre pensamiento, visualización y materialización era directa, por lo tanto, la forma de hacer y pensar conformaba una unidad.

La división de las tareas de diseñar o dibujar y construir fue acentuándose con el tiempo, en la medida en que el arquitecto asumió un papel diferenciado del de quien construía y requería elaborar un trabajo de estudio previo (inicios del ejercicio proyectual), así como los documentos que deberían contener las instrucciones de la obra futura o en desarrollo. Esto inevitablemente trajo consigo una separación entre los distintos saberes. Técnica y arquitectura, tecnología y proyecto, teoría y práctica comenzaron a enseñarse de forma separada.

Esta separación del proyecto de la construcción cambió profundamente la práctica disciplinar e incluso el rol del arquitecto en la sociedad, pero además provocó cambios significativos en la forma de enseñar la profesión. Hasta ese momento, el arquitecto, la arquitectura y su formación se consideraban parte de la artesanía, estrechamente relacionada con los oficios. Pero el acontecimiento más relevante para el cambio en las tradiciones de la enseñanza es de naturaleza institucional: a mediados del siglo XVII se fundó la Escuela de Bellas Artes de París. Sus institutos y métodos de enseñanza influyeron en la forma de enseñar arquitectura tanto en Europa como en América durante los siglos XVIII y XIX, e incluso hasta la actualidad lo siguen haciendo. Como consecuencia de la creación de las escuelas oficiales superiores y, en especial, del Conservatorio de Artes y Oficios de París (1794) —que dieron origen a la ingeniería actual y a la Escuela de Bellas Artes de París—, se profundizó la división entre arte y técnica, entre «proyecto» y «realización». Precisamente, esa dualidad

de competencias paralelas, que atribuye al arte un valor autónomo y a la técnica una vinculación estrecha con la realidad, es la sustancia que da razón de existir al intento de cambio integrador que propone la Bauhaus a principios del siglo XX. Pensamiento integrador que le es propio a nuestra disciplina, basado en un maridaje inseparable entre arquitectura y técnica, pues en definitiva la forma de darles precisión y viabilidad a las ideas es a través de la técnica. De lo contrario, siguen siendo ideas.

Este número de la revista *Textos de Tecnología* es una invitación a seguir pensando nuestra Facultad y la manera en que enseñamos y aprendemos arquitectura con una fuerte componente transversal, devolviendo a nuestra formación el carácter integrador de conocimientos disciplinares distintos. Es por eso que este texto reivindica la necesidad de buscar nuevas articulaciones entre enseñanza, tecnología y proyecto para que la disciplina arquitectónica pueda seguir considerándose una práctica socialmente útil que brinda soluciones bellas y técnicamente eficientes para las personas.